

La madre de César González-Ruano

A las ocho, doña María del Rosario Ruano de la Sota está en su casa de Fernández de la Hoz, esquina a Martínez Campos, rezando el rosario.

En el gabinete no hay nada saliente; está en un discreto tono de penumbra.

Doña María del Rosario, con sus ochenta y dos años inverosímiles, conserva todavía mucho de su gran belleza, todo de su distinción y de su abolengo. Es más bien baja, habiendo sido alta; viste de luto riguroso y tiene un cierto aire de dama inglesa de Dickens.

No esperaba nuestra visita, pero no se sorprende al haberla recibido, porque es de esas damas que no pueden sorprenderse nunca, acostumbradas como están a una vida social intensa.

—Sí; yo he tratado a Menéndez y Pelayo, a Pereda, a Concha Espina...

Doña María del Rosario ya sabe el objeto de nuestra visita, porque se lo decimos nosotros mismos rápidamente, fingiendo urgencia periodística, para justificar el no haber avisado.

Efectivamente, no le sorprende; por el contrario, se le alegra el semblante. ¿De qué otra cosa podríamos hablarle que le agrada-se más?

Y como si fuese a contarnos un cuento de príncipes, doña María del Rosario empieza su relato:

—Nació chico, con gran contrariedad nuestra, que hubiésemos querido una niña. Luego nos contentamos. Era muy cariñoso, muy serio, muy metido por su padre, con quien salía siempre. El le consentía más; no le quitaba antojo. Yo recuerdo que desde los nueve años le encontraba escribiendo y, sin reprenderle, le advertía que atendiera sus estudios. Hacía los diez años escribió en los márgenes de un libro una novelita detectivesca, que se titulaba "Gar-el-hama".

Doña María del Rosario calla un momento; mira al vacío. En sus ojos, húmedos, se manifiesta una emoción al encontrarse con el pasado.

—Era muy bueno; siempre que entraba en casa me buscaba para darme un beso. Con frecuencia me hacía regalos muy finos, muy delicados.

—¿Cómo acogieron en casa su vocación literaria?

—Con entusiasmo; sobre todo, su padre. El mismo le hizo las primeras estanterías para colocar los libros en su cuarto. El niño tenía muchos libros; leyó siempre mucho. Y, mire usted, qué cosa curiosa: siempre, por Reyes

o cuando se le iba a hacer un regalo, él pedía que le llevaran a los anticuarios de la calle del Prado. Allí compró las primeras antigüedades, que colocaba en la mesilla de noche para dormirse contemplando'as. Su padre decía que eran para él objetos mágicos.

Preguntamos a doña María del Rosario si recuerda algún detalle de su vida literaria.

—Hacia los catorce años empezaron a venir a casa los primeros amigos cohemios. Entraban muy amables, pero se llevaban pequeños objetos que encontraban a la mano. Yo recuerdo, con seguridad, una cestita de plata; pero sentí más un regalo que me hizo César... Por aquel tiempo, él, que con tanto mimo vivía, vino a casa muy cambiado: "Mamá—me dijo un día—, yo quisiera dormir en los bancos de la calle; eso debe ser muy bonito."

—¿Recuerda usted alguna curiosa anécdota?

—Creo que sí...; verá usted. Nosotros vivíamos en Conde de Xiquena, número 6, que ahora es el 8. En el piso de abajo vivía la marquesa de Valdeiglesias. César tenía un grillo que cantaba mucho, con el cual estaba entusiasmado. La marquesa, de cuando en cuando, mandaba un aviso diciendo que no podía dormir. Su padre estaba ciego con el niño, y no hubiese consentido que se le diese un disgusto. Un día cogí el grillo y lo metí en un platillo de agua. El grillo se ahogó. Volví a colocarlo en la jaula. "Mamá—dijo cuando volvió a casa—, el grillo está muerto." Se quedó un poco triste, pero no dijo más. La marquesa pudo dormir aquella noche y todas las noches. Un día le envié al niño una caja hermosa, alargada, llena de soldaditos.

—Y de su época de estudiante, ¿recuerda algo?

—Sí; un día que se examinaba. Cuando salió de casa, yo le dije: "Mira, hijo; tu ya sabes que yo me pongo muy nerviosa y que no puedo salir a la calle hasta que tú vengas con el resultado de los exámenes. Estaré al balcón; cuando aparezcas por la calle, si te han aprobado, saca un pañuelo y hazme una señal. Si te suspenden, no hagas nada." Por la mañana no apareció. La tarde pasó sin que apareciese tampoco. Yo estaba muy intranquila, cuando a primeras horas de la noche le veo que viene muy charlatán con su íntimo amigo Arturito agitando alegremente un pañuelo tan grande como una bandera. Bajé precipitadamente para recibirle: "¡Has aprobado, hijo!",



le dije entusiasmada. "No, mamá; me han suspendido; pero han dado sobresaliente a mi amigo Arturito", contestó loco de alegría.

—¿Cómo vivía él en su casa?

—En su habitación le pusimos un despachito. El lo llenó de libros, y yo recuerdo a su padre pintándole las estanterías y trayendo cada poco más tablas para añadirles. Cada 22 de febrero, que es su cumpleaños, le medíamos, poniéndole descalzo, junto a la pared, haciendo una raya. También le hacíamos una fotografía. Hasta sus veintitrés años había en aquella habitación veintitrés señales y veintitrés retratos, además de antigüedades y libros que él había ido comprando. Yo nunca quise quitar aquel cuarto cargado de recuerdos de mi hijo; pero cuando la guerra... saquearon la casa... se llevaron todo... lo sacaron por la escalera. ¡Bandidos!

—Y cuando terminó la carrera...

—Entonces su padre le buscó un empleo; pero un empleo para el cual él no tenía más que bajar la escalera. Estaba en la misma casa. Si mal no recuerdo se llamaba "Desmaré Hermanos", y era una oficina de industrias químicas. César era el auxiliar del abogado. El tenía entonces una novia, que se llamaba María Luisa. Su madre era amiga de la casa, y tenía un gran delirio por César, porque le recordaba a un hijo suyo de su misma edad que se había muerto. María Luisa le hizo el chaleco amarillo que llevaba César cuando el escándalo del Ateneo. Yo me enteré por María Luisa. Al parecer, había dicho que "El Quijote" no le gustaba, porque Cervantes lo había escrito con los pies, ya que era manco,

—¿Cuando empezó César a hacer vida literaria?

—Pues yo creo que a los dieciséis o diecisiete años. Iba a los cafés muy aicalado. El siempre se preocupó mucho de su persona. Detalle muy curioso es que, teniendo diecisiete años, su padre se afeitaba con una maquinilla, y para él subía un barbero a casa. También recuerdo que empezó a fumar a los quince años pitillos que le daba su padre, ya hechos y emboquillados por él. A los dieciocho o diecinueve empezó a salir por las noches... Cada mañana, al entrarle el desayuno, le poníamos en la bandeja un duro de plata, que era casi el sueldo que tenía un empleado modesto.

—¿Y cómo empezó a ir a los cafés?

—Cuando era muy niño yo le llevaba a merendar al Café Suizo, que estaba en la calle de Alcalá. Era un café muy curioso, que tenía dos departamentos; uno, donde entraban las señoras, y otro, los caballeros. Cuando ya fué mayor empezó él a ir con sus amigos. Frecuentaba mucho uno al que iba también Antonio Machado. Allí le mandamos llamar cuando se murió su padre. Había sido una cosa repentina. Vino corriendo, pero no quiso ver a su padre muerto ni fué a su entierro. Cuando yo le dije que por qué hacía aquello, él me dijo que quería quedarse con una idea de su padre vivo, sentado en una silla, hablando con él; pero no la idea de su padre en un ataúd. El drama fué cuando días después del entierro se encontró con una navajita de plata que su padre utilizaba para sacarles punta a los lápices. Ante aquella cosa pequeña e íntima, César se impresionó como si el mundo se desgajara.

—De todos sus éxitos, ¿cuáles fueron los que le alegraron a usted más?

—Cuando le concedieron el Premio Mariano de Cavia y cuando publicó las "Memorias", que es el libro que más me gusta de los suyos.

—¿Lee usted los libros que publica?

—Sí, sí; los leo y los releo. Hay algunos que casi me los sé de memoria.

Y nada más. Da gusto cuando en la conversación interviene una memoria tan clara, un recuerdo tan limpio y una palabra tan inteligente como la de doña María del Rosario Ruano, que en esta tarde de primavera se queda sentada cerca del balcón, volviendo a su rosario y a sus devocionarios.

Marino GOMEZ-SANTOS

"Pueblo"
Madrid 1.-4.-1954.